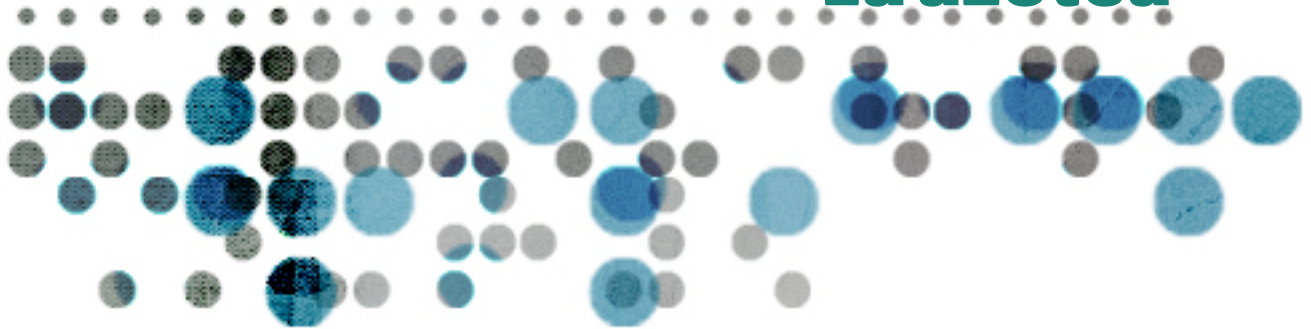


La azotea



Mi madre es una bruja. Pero no una de las que fabrica pociones mágicas y hace que las cosas se transformen con encantamientos, no. Mi madre es una bruja de las que asustan, aunque no estoy segura de que lo sepa. O a lo mejor sí lo sabe, pero no tiene la culpa de ser así.

Mi madre es muy guapa, todo el mundo lo dice, por eso no entiendo cómo siendo tan guapa puede convertirse en esa otra, si sus ojos son los mismos, y su boca y sus dientes.

No sé, sucede de pronto.

Un poco antes de que ocurra siento ese zumbido de silencio, grande como el de una iglesia vacía, que si tropiezas entre los bancos retumba como una explosión. Cuando mi madre se transforma, camina despacio, como si estuviese tranquila. Se descalza y parece una santa. Y lo más raro es que deja de sonar. Normalmente se pasa el tiempo de un lado a otro, haciendo ruido. Oímos el entrecuchar los platos en la cocina mientras la radio da un programa musical, o la escuchamos hablar alto por teléfono o reír con las vecinas, y nos tapamos los oídos para soportar mejor el rugido de la batidora cuando hace la papilla de frutas para María. Pero antes de que se convierta en bruja hay ese silencio, el de los enchufes, el de una cucaracha voladora o un caminar de arañas a tu alrededor, que aunque no retumba tanto como en la iglesia, suena tan alto como cuando te mueves y no quieres que te descubran, o como suenan los crujidos de la casa por la noche que parece que tuviesen eco. Tenemos un pasillo muy largo (donde hay espíritus) que separa la cocina, el baño y mi habitación, del comedor y la alcoba grande.

Así que cuando mamá va y vuelve del comedor a la cocina, oímos el taconeo de sus zapatos itoc! itoc! itoc!... deprisa, siempre deprisa. Y cuando las personas van a toda velocidad, pisan más fuerte para darse mayor impulso y llegar antes. Y así, claro, se hace mucho más ruido.

Mamá pesa más cuando tiene prisa, o sea, casi siempre.

A veces hago apuestas conmigo misma sobre si se va a volver bruja o no en un momento determinado. Con la edad de María siempre me pillaba por sorpresa y no tenía tiempo de esconderme. Pero ahora salgo corriendo y me encerro en el cuarto de baño hasta que se le pasa, aunque luego me gane una bofetada. Pero si ella se convierte en bruja mientras yo estoy en el comedor, eso sí que es mala suerte, porque entonces puede que no consiga alcanzar el pasillo para llegar al baño. Antes me latía el corazón muy fuerte cuando sentía sus pasos silenciosos. Me acordaba del pez. Tuvimos un pez naranja que se murió. Un día apareció por la mañana flotando y con la tripa morada. Siempre parecía asustado. Yo me escondía debajo de la mesa y luego me asomaba un poco para mirarlo sin que él lo supiera, pero siempre me descubría y empezaba a nadar como un loco chocándose contra el cristal. Mi madre nos espía un rato primero, como yo hacía con el pez. Ahora casi siempre nos damos cuenta de que está escondida. Yo levanto un poco la cabeza como hacen los gatos cuando sienten cualquier ruido raro. Solo que no es ruido, sino nuestra respiración. Y en casa, cuando se nos oye respirar, es que va a pasar algo.

Aquí dentro no llega el ruido de la calle, ni de los coches, ni de la gente. Por eso a mí me encanta que llueva y que sople el viento. La lluvia y el viento sí se oyen, especialmente en el patio de la cocina que es el más pequeño, y como vivimos en el primero, tan cerca del tejadillo de la portería, las gotas grandes suenan a cristales rotos y el viento, como el silbido de un tren. En eso sí tenemos suerte. Pero cuando no llueve, ni se escuchan ruidos porque los vecinos están en el trabajo o de vacaciones, y estamos solas, y ella pasea de una habitación a otra porque se vuelve loca, dice; cuando mamá no tiene prisa y no sabe qué hacer, se vuelve silenciosa como Trasto, el gato negro de Pepa, la señora de la portería.